

siereis. Antes se trastornaría el cielo y la tierra, que hacernos abandonar por un solo momento la verdadera Religión." Entonces ordenó el prefecto que se procediese á la marca que habia mandado el Emperador, y como padecian tanto, hallándose horriblemente inflamadas las llagas de los azotes y en la mas viva sensibilidad, los echaron sobre un banco, y les fueron grabados los versos en el rostro letra por letra, con infinitas incisiones y picaduras. Esta bárbara operacion fue tan larga, que interrumpiéndola la noche no se pudo concluir hasta el dia siguiente. Cuando ya se habia saciado la crueldad, hablaron los confesores en estos términos: „jamás se ha hecho cosa semejante: todos los tiranos pueden, si con vos se comparan, pasar por modelos de clemencia; pero sabed, que esta inscripcion que es nuestro mayor ornamento y el mejor título para el cielo, os la hará presente el Supremo Juez para vuestra confusion y desesperacion." Los volvieron á la cárcel, corriendo arroyuelos de sangre de su rostro, y despues á súplicas del patriarca Juan Leconomante, aunque fautor de la heregía y de costumbres conformes á su creencia, los desterraron á la Bitinia, en donde Teodoro murió poco despues. Por la misma causa fueron cruelmente perseguidos otros muchos santos religiosos.

63. El santo monge Metodio aprisionado, mejor diré, enterrado vivo en un sepulcro desde el reinado de Miguel el Tartamudo, habia salido de allí poco antes como un esqueleto, que no tenia por decirlo así mas que los huesos, y ni un solo cabello

en la cabeza (1). Vivía solo, porque su aversion á la heregía no le permitió habitar en monasterio alguno por no haber en Constantinopla ninguno que no estuviese tocado mas ó menos. No por eso dejaba de visitar á los monges que pensaban bien, y á los fieles creyentes de todos estados, y aun de la clase mas distinguida. Como era naturalmente elocuente, y tenia un genio dulce, afable, que se insinuaba en los corazones, con grande fuerza en sus razones, y un profundo conocimiento de las Escrituras, trató tambien con muchos á quienes habian engañado, y él los desengañó. Llegó la noticia á Teófilo; y éste le llamó, y le dijo: „despues de los castigos que has merecido por tantas disputas vanas, ¿no dejarás de alborotar por un motivo tan poco importante como son las imágenes? Si éstas, respondió Metodio, son tan despreciables, ¿por qué quereis que las vuestras se honren públicamente, y se multipliquen todos los dias al mismo tiempo que se derriban por todas partes las de Jesucristo?" El Emperador no tuvo mas réplica que mandarle despojar hasta la cintura, y rasgarle con mil azotes. Le bajaron despues medio muerto y desangrado por un agujero á un subterráneo del palacio, de donde le sacaron por la noche algunas personas compasivas, y le hicieron curar.

Quiso Teófilo probarle con la dulzura, le llevaron á su presencia, y en tono de bondad y aun de familiaridad entró amigablemente en conferencia con él, diciendo que le gustaba oírle explicar las dificult-

(1) *Vit. S. Meth. cap. 1.*



tades sacadas de la Escritura. La erudicion de Metodio y su especial talento para insinuarse hasta el corazon, produjeron un efecto no esperado, pues la benevolencia, que al principio no era mas que afectada en el Emperador, llegó insensiblemente á ser muy viva y muy cordial (1). Le señaló á Metodio en el palacio un alojamiento entre sus propios oficiales, lo cual dió lugar al santo confesor para desengañar á muchos de ellos, y á algunos aun de los que tenian mas parte en la confianza del Príncipe, á quien tambien halló modo de suavizarle, y hacerle por lo menós titubear en su opinion, ya que del todo no le hizo mudar, y de disminuir considerablemente su antipatía contra los católicos. Desde entonces siempre tenia Teófilo á Metodio consigo, y algunas veces confesaba á sus cortesanos, que se veia conmovido aun más de la santidad del hombre de Dios que de sus discursos. En todos sus viages hacia que le acompañase: aun á la guerra le llevaba, ó bien por satisfacer su curiosidad sobre las cuestiones que gustaba de proponerle, ó bien por temor de que durante su ausencia podria el crédito de Metodio para con los grandes y todos los católicos parar en el restablecimiento de las santas imágenes, á las que jamás dejó de combatir este Príncipe rebelde á la gracia.

64. Entretanto hizo la guerra á los sarracenos con ventaja al principio y con barbarie: penetró muy adelante en la Siria, señalando su camino con sangre y con estragos: pueblos enteros puso en las ca-

(1) *Post. Theoph. lib. 3. num. 34.*

denas, y por último sitió á Sazopetra, en donde habia nacido el califa Mutasen. Le suplicó con instancias el sarraceno por sus cartas, que en atencion á él perdonase aquella ciudad: mas no fue oido, porque Teófilo la tomó, la arruinó, quitó la vida á una parte de sus habitantes, y llevó el resto cautivo. El califa furioso juntó mas numeroso ejército que cuantos habia tenido ninguno de sus antecesores, y mandó grabar en los escudos de todos sus soldados el nombre de la ciudad de Amorio, para dar á entender que queria perder á esta ciudad por modo de represalias, como que era la patria del Emperador. Teófilo creyó que era empeño de su honra defenderla bien, y mandó entrar en ella al patricio Aecio, gobernador de oriente, con dos capitanes de grande reputacion, Teodoro Cratero y Teófilo Babuzico. Con efecto, hicieron una resistencia tan vigorosa, que Mutasen perdió setenta mil hombres en este sitio (1). Mas sabiendo cual era la parte mas débil de la plaza, dió por allí el asalto, la ganó, y pasó á cuchillo los ciudadanos y los soldados, á excepcion de los gefes, de los paisanos y los oficiales del ejército, á los que mandó llevar á Bagdad.

65. Cuando llegó él allá, los hizo poner en cadenas y con grillos en una cárcel, en donde no viendo la luz clara, solo se conocian entre sí por la voz (2). No tenian mas alimento que un poco de pan y agua, ni mas cama que el suelo, ni mas vestidos que unos

(1) *Elm. lib. 2. cap. 9. Albuf. pag. 165.* (2) *Act. SS. Bolland. tom. 6. pag. 460. et seq.*



andrajos apestados. Cuando ya creyó el califa que estarían desalentados con los trabajos y la larga prisión, les envió los mas hábiles de sus doctores para hacerles renunciar á su religion. Fingian ellos que iban de su propio movimiento y por compasion, y afectaban que solicitaban el permiso para entrar y llevarles vestidos ó viveres. Los presos se horrorizaron de oír las primeras proposiciones que les hicieron, y los musulmanes replicaron: „no viene bien esa valentía en tan infeliz estado; conoced por lo menos los beneficios que tenemos que ofreceros, pues siempre está en vuestra mano despreciar nuestros consejos. ¿No teneis amor, prosiguieron, á vuestras mugeres, á vuestros hijos, á los amigos, á los conciudadanos y á la patria? Pues solo teneis un medio de recobrar unas cosas tan deseables. Este es usar de algun disimulo, y condescender por algun tiempo con los deseos del califa, que por nada cuenta la conquista de las ciudades en comparacion de la de las almas. Él os hará mil favores, vosotros tendreis la libertad de volver á vuestro pais, y allí practicareis la religion que mejor os parezca. ¿Lo hariais así vosotros? les preguntaron los confesores; y respondieron aquellos apóstoles del mahometismo, que seguramente lo harian, pues no hay cosa mas amable que la libertad, y confirmaron su respuesta con juramento. Pues nosotros, replicaron los cristianos, no tomamos consejo en punto de religion de hombres que estiman tan poco la suya.” De este modo les cerraron la boca, y los despidieron confusos.

Algun tiempo despues, repetidas y diferentes veces fueron otros tentadores, entre los cuales habia muchos jaquires ó monges musulmanes. Hicieron á los confesores grandes limosnas, los abrazaron con ternura, se lastimaron mucho de su infortunio, y regaron sus cadenas con lágrimas. Habiéndose sentado amigablemente junto á ellos, les dijeron suspirando: „¿qué triste suerte para unos guerreros llenos de honor y valerosos, siendo muchos de ellos parientes de su Emperador! ¿Mas por qué os obstinais en ser infelices estando vuestra suerte en vuestra mano? ¿Por qué no dejais ese camino estrecho que os señaló el Hijo de María? Entrad pues en el camino cómodo que nos mostró el gran profeta para esta vida y para la otra. ¿Qué es lo que este enseña que no sea conforme á la prudencia, cuando dice que Dios ha destinado para sus siervos toda suerte de ventajas en esta vida, y el paraíso despues de la muerte? Como Dios es soberanamente bueno, viendo que los hombres eran muy débiles para cumplir la ley de Jesucristo que es tan dura y tan difícil, envió á su profeta Mahoma para descargarlos de un peso superior á sus fuerzas, y salvarlos con sola la fe de los verdaderos creyentes. Los cristianos se miraron unos á otros sonriéndose, y respondieron: ¿podeis vosotros creer seriamente que una doctrina que sujeta el espíritu á la carne, y abre el camino á las mas sucias pasiones, es agradable á Dios? ¿Qué diferencia es la que se halla entre las bestias y los hombres? Tales principios por el desprecio á que mueven, no



pueden hacer otra cosa que aficionarnos mas fuertemente á la caridad de Jesucristo."

„Ved á quién reparte Dios ahora sus beneficios, replicaron otros musulmanes ¿Se los da á los discipulos de Jesus, ó á los de Mahoma? ¿no somos nosotros á los que concede las victorias y la conquista de los mas bellos paises? No se puede negar que es justo, y así no nos daría tantos bienes ni os sujetaría á nuestro poder, si no observáramos mejor que vosotros sus mandamientos. Aquellos confesores mas instruidos replicaron así: permitid que os hagamos una pregunta: cuando dos hombres se disputan una hacienda, si el uno se reduce á gritar sin pruebas que la hacienda es suya, y el otro produce buenos testimonios en su favor, ¿á cuál de los dos convendrá dar la posesion? Al que tiene buenos testigos, dijeron los musulmanes. Ahora bien, replicaron los confesores: Jesucristo nacido de una Virgen, como vosotros mismos confesais, tiene por testigos de su divina mision á todos los profetas anteriores á su venida. Vosotros decís que Mahoma vino á traer una tercera ley, ¿no debiera pues tener á su favor por lo menos algunos profetas? Vosotros citais vuestras conquistas por señales de la aprobacion divina, ¿pero ignorais por ventura las victorias de los persas que subyugaron tantas regiones dilatadas, ignorais los triunfos de los griegos contra los persas, y que los antiguos romanos triunfaron del universo? Esto no obstante, no seguian aquellos conquistadores la verdadera Religion, antes bien practicaban una insensata idolatría. Juzgad, pues,

con mas prudencia: es verdad que Dios da algunas veces la victoria á los que le sirven, pero tambien permite que sean vencidos cuando le ofenden, para castigarlos por la mano de los malos." Siete años enteros permanecieron los cristianos en su prision con una paciencia invencible que edificaba á sus propios tiranos.

Toda su vida, que todavía duró cuatro años, se negó el califa á recibir su rescate. Tres años despues de su muerte se lisongeo su sucesor Vatec de que no resistirian mas á su voluntad, y les propuso hacer con él la oracion, prometiéndoles llenarlos de riquezas y dignidades. Fue á la prision un oficial de su parte, con gente armada y un aparato espantoso. Hizo que saliesen cuarenta y dos prisioneros de los mas calificados entre los cristianos, y les habló en estos términos: todavía es tiempo de merecer los favores del califa, y estos serán tales, que los que no los admitan no dejarán de llorar su mala fortuna. ¿Qué teneis vosotros que esperar siguiendo una religion de un imperio envilecido que está para caer en poder de nuestro Monarca? Por el contrario, ¿qué felicidad no asegurais reconociendo con tan poderoso protector al gran profeta Mahoma? Un solo año del tributo de Egipto puede enriquecer á vuestros descendientes hasta la cuarta generacion. Los cristianos, todos á una voz, dijeron anatéma á Mahoma y á sus sectarios.

Los musulmanes llenos de furor los cogieron al instante, y atadas las manos atrás los llevaron á la ribera del rio cerca de la ciudad de Samara en



donde residia el califa. Llamó el comandante á uno de estos confesores llamado Teodoro Cratero, y le dijo: „á ti que has llevado las armas y muerto algunos hombres con desprecio de tu profesion, pues eras sacerdote entre los cristianos, ¿qué esperanza te queda ya en Jesucristo, de quien así has renunciado? ¿no seria mejor que recurrieses al profeta Mahoma? Eso mismo, dijo Teodoro, es lo que anima mi fe, pues peleando hasta morir por mi divino Dueño, conseguiré el perdon de mis culpas lavándolas con mi sangre. Eso lo lograrás, replicó el comandante, porque yo te hablaba solamente por compasion” Quitaron la vida á Teodoro y á todos los demás cristianos por el orden de su dignidad. Tan lejos estuvieron de dar la menor señal de flaqueza, que todos fueron la admiracion de sus mismos verdugos por su constancia. A estos cuarenta y dos mártires los honra la Iglesia el dia 6 de Marzo que fue el de su muerte; y un año despues murió el califa.

66. Habia concebido el Emperador Teófilo tal pesadumbre por la toma de Amorium, que inmediatamente cayó enfermo de una inflamacion de entrañas: bebió para refrescarse agua de nieve, y le sobrevino una disentería de que murió á 20 de Enero de 842 (1). Su hijo Miguel, todavía niño, fue el que le sucedió bajo la conducta de la Emperatriz Teodora su madre, y de un consejo compuesto del eunuco Teoctisto, del patricio Bardas, hermano de la Emperatriz, y de su tio Manuel, celoso católico.

(1) *Post. Theoph. lib. 3. num. 34.*

Este emprendió inmediatamente la colocacion de las santas imágenes, empeñó á sus dos colegas en que diesen tan feliz principio á su ministerio, y despues fue á proponer su pensamiento á la Emperatriz, la que nada deseaba mas que el que se pusiese en práctica, porque siempre habia sufrido con grande pena las infelices preocupaciones del Emperador su esposo, fomentadas por los senadores y los obispos, y sobre todo por el patriarca Juan Leconomante.

67. Animada por Manuel, que la ponderó el afecto general del pueblo á las santas imágenes, envió un oficial al patriarca con orden de que le diese á escoger, ó que consintiese en el restablecimiento del antiguo culto, ó dejase al momento su silla, y se retirase á su casa de campo mientras se tomaban las medidas para juzgarle canónicamente. Halló el oficial á Leconomante tendido en una cama de descanso que tenia en un cuarto del palacio patriarcal, y desde ella respondió friamente que se veria en ello. Así que salió el enviado, tomó una lanceta, se picó algunas venas, y perdió mucha sangre, bien que sin poner á riesgo una vida que él queria demasiado para sacrificarla á la ventura. Lo que pretendia era causar una revolucion en el gobierno haciendo odiosa á la Emperatriz, y dando lugar á que creyesen que ella le habia hecho asesinar; mas habiendo ido el patricio Bardas á examinar el hecho, halló la lanceta, y por la inspeccion de las heridas reconoció que habian sido hechas de propósito, y de esto se aseguró hasta no poder dudar por el testimonio de los pro-



pios criados del pérfido patriarca. Echaron de su iglesia á este malvado, y le encerraron en su casa de campo.

Inmediatamente se juntó un concilio que anatematizó á los enemigos de las santas imágenes, confirmó el segundo concilio de Nicea, pronunció la deposición de Leonomante, y colocó en su lugar al santo confesor Metodio que habia padecido tanto por la Religion en los dos últimos reinados. Cuando le ordenaron, le suplicó la Emperatriz que alcanzase de Dios el perdón del pecado contra la fe que habia cometido su esposo el Emperador. Respondió San Metodio: „Señora, nuestro poder no se estiende á absolver á los muertos: solamente hemos recibido las llaves del cielo para abrirle á los que aun están en esta vida. Es verdad que podemos aliviar tambien á los difuntos cuando sus pecados son leves ó han hecho penitencia; pero no podemos absolver á los que murieron en manifiesta impenitencia. Cuando mi esposo, replicó la Emperatriz, estaba para morir, le hice presente lo mejor que pude las terribles consecuencias de su muerte: él manifestó arrepentimiento y pidió imágenes. Yo se las presenté, él las besó con fervor, y en estos sentimientos de religion dió su espíritu.” Como confirmó con juramento la verdad de esta relacion, los obispos movidos de su piedad, la dieron esperanzas de la divina misericordia para con su esposo. Esto no obstante, el público se quedó persuadido de que Teófilo habia muerto impenitente.

Fueron las santas imágenes solemnemente restablecidas en el año 842, el primer domingo de cuaresma segun los griegos, y el segundo segun nuestro calendario. Despues de esta ceremonia dió la Emperatriz un magnífico convite á todo el clero y á los confesores que habian señalado su valor en la persecucion. La heregía de los iconoclastas, que tantas veces se vió abatida, y otras tantas volvió á levantarse en oriente, cayó sin remedio con este último golpe, como ciento y veinte años despues que la estableció el Emperador Leon Isáurico. Toda su vida continuó la Emperatriz Teodora la fiesta instituida con esta ocasion, y la llamaron la fiesta de la ortodoxia, y aun la celebra la iglesia griega el domingo de su primera semana de cuaresma. En ella se canta un himno del confesor San Teófanos, poeta célebre respecto de aquel tiempo en que vivia; y en premio de su fe y de sus trabajos, le hicieron arzobispo de Nicea.

68. El occidente habia cambiado de Emperador como el oriente. Luis el Hermoso murió en 20 de Junio del año 840, á los sesenta y cuatro de su edad, y veintisiete de su imperio. Se habia puesto en camino para pelear contra su hijo Luis, Rey de Baviera, que habia vuelto á tomar las armas con el motivo de haberse hecho una nueva reparticion en perjuicio suyo y en favor de sus dos hermanos Lotario y Cárlos, despues de la muerte de Pipino, Rey de Aquitania. De una fluxion de pecho que le acometió antes de su partida perdió enteramente las fuerzas cerca de Maguncia, y se vió reducido á acampar y



hacer cama en una isla en donde se hallaba. Tomaron desde luego por presagio de la muerte del Emperador un grande eclipse de sol que sucedió poco tiempo antes; pero este Príncipe religioso le miró como un aviso de la divina bondad para escitarle á la penitencia. Muchos obispos y otros eclesiásticos se apresuraban á consolarle, pero él puso sobre todo su confianza en su hermano Drogon, obispo de Metz y archi-capellan. Todos los dias se confesaba con él y recibia el cuerpo del Señor. Este fue el único alimento que pudo tomar por cuarenta dias, en los cuales no cesaba de repetir: justo sois, Señor, en hacerme ayunar ahora á mas no poder, pues yo no he observado la cuaresma: esto lo decia porque en la revolucion de Pipino tuvo que viajar en este tiempo santo contra su costumbre y con muchas fatigas.

Mandó hacer inventario de cuanto llevaba consigo, sin esceptuar las joyas de la corona, la vajilla, las armas, los ornamentos sacerdotales; y despues dispuso que se hiciese la distribucion entre las iglesias, los pobres, y sus dos hijos Cárlos y Lotario. A éste le dió una corona, un cetro y una espada, con la carga de conservar á Cárlos los estados que se le habian asignado, y la de permanecer inviolablemente unido con él y con su madre Judit. Hecho esto dió gracias á Dios de que nada le quedaba de que pudiese disponer. Le preguntó Drogon, de concierto con los demás obispos, si perdonaba á su hijo Luis; á lo que respondió el Emperador: „aunque no está aquí para poderme yo asegurar de sus disposiciones,

hago todo lo que está de mi parte, y tomo á Dios por testigo y á los ministros del Señor de que le perdono cuantas ofensas me ha hecho.”

Por ser la noche del sábado hizo cantar en su presencia los maitines del domingo, y ponerle sobre el pecho un pedacito de la verdadera cruz. Hizo sobre su frente la señal de la cruz mientras tuvo fuerzas para esto, y cuando no podia de cansado, suplicaba á Drogon que se la hiciese. Últimamente, despues de haber pedido las oraciones de los que le auxiliaban, espiró suavemente con los ojos vueltos hácia el cielo, y la alegría de los predestinados impresa en su rostro. Es verdad que respecto del gobierno tenia que reprenderse de muchas culpas: pero su debilidad involuntaria, los estrechos límites de su talento, la admirable pureza de sus costumbres, y el egeemplo de todas las virtudes de un particular que dió constantemente á sus vasallos, y el arrepentimiento de lo que pudo ser voluntario contra las obligaciones del trono, tan difíciles de cumplir en las circunstancias delicadas en que se hallaba, nos dan esperanza de que el Señor le juzgaria con misericordia. Fue llevado su cadáver á Metz, y enterrado cerca de su madre Hildegarda en la iglesia de San Arnoldo.

69. Era de una piedad que se admiraria aun en un religioso. Todas las mañanas iba á la iglesia, en donde se estaba por largo tiempo rezando, postrado en tierra, la que regaba frecuentemente con sus lágrimas. Era muy instruido en la ciencia de la Escritura, y conocia el sentido espiritual y el moral, el